

Belisario Roldán

Un 24 de octubre de 1909 , la Patria desplegó sus alas y voló a Francia, posándose orgullosa en Boulogne-Sur-Mer. Y allí, cual honroso destino, el que acogiera al héroe en el atardecer de su vida y guardara como fiel custodio, los restos del divino tesoro, una muchedumbre de ciudadanos franceses, argentinos residentes en París y aquellos que viajaron a tan magno acontecimiento, se expresaban con honda emoción y patriótica nostalgia cuando cien granaderos argentinos del 2º escuadrón, junto al 4º regimiento de coraceros franceses, desfilaron solemnes y altivos frente a la estatua ecuestre recién descubierta que inmortaliza con bríos de gloria al más elevado de los argentinos.

Hijos dilectos del gran Capitán, allá en la Francia de los grandes ideales, rindieron honores a corazón henchido de fervor patriótico y con el orgullo de la estirpe sanmartiniana, aquellos argentinos herederos de los más puros ideales de libertad.

¡Qué jornada inmortal!-aquella- a orillas del mar, donde otrora, el genio americano en sus tardes de ocio reflexivo y con la mirada profunda en el horizonte, recordara la gesta gloriosa que diera libertad a su Patria americana.

Desde ese mismo sitio en que se eleva el monumento, dos nombres, dos genios, a pocos años de distancia, contemplaron el mar con miradas en las cuales se reflejaron los más gloriosos episodios de la historia.

Napoleón, hijo de la República Francesa, emancipadora de pueblos, que recorrió Europa sembrando sus ideales y San Martín que eligió Los Andes por San Gotardo, para hacer descender sobre los pueblos el aura vivificadora de la independencia. Esa playa fue para el primero, el punto de partida de grandes empresas que agitaba su mente y para el segundo fue el puerto definitivo

en que se detuvo después de una jornada de gloria, a la cual nada más era posible agregar ya.

Desde aquella tarde histórica el Verbo de la Patria en labios de Belisario Roldán elevó la plegaria inmortal que decía:

Padre nuestro que estás en el bronce. Las progenies multiplicadas levantan el corazón para jurarlo: hemos hecho la patria que soñaste... Es fecunda como tu vida, altiva como tus vanguardias, eminente como tus cumbres; en dignidad, en esfuerzo, en avance legítimo y también en virtudes, ha hecho honor en todo tiempo al relámpago soberbio que, a manera de aurora, trazó tu espada el día tormentoso del nacimiento; y así como siguiendo tu imagen viva entró en la libertad, entra a la gloria, un siglo después, por el pórtico de Francia, marchando de nuevo tras de tu imagen veneranda...

¡Quede ahí su estatua para siempre jamás, al amparo de la potente soberanía en cuyo suelo naciera como un brote espontáneo de la entraña generosa; séale propicio el murmullo de esa misma mar, que arrulló las últimas nostalgias del proscrito, del anciano y del enfermo; la ola, que llega rumoreando a quebrarse en estas altas playas, traiga hasta el monumento, como un eco de la tierra bien amada, el solemne latido de la Patria; y que allá, en los más lejanos días del porvenir, cuando sobre el polvo de todos nosotros haya pasado rodando la caravana implacable de los años, y al beso de los soles y las lunas haya envejecido esa frente de bronce, aquellos hijos de nuestros hijos que recorran la Europa y lleguen a posar su planta de hombres libres en este rincón sagrado, sientan, descubierta la cabeza y arrodillada el alma, que tiembla en sus corazones la plegaria sin palabras de todas las gratitudes!